

6to Domingo de Pascua - Juan 14, 15-21

Cuando miramos nuestro país, nuestra América, nuestro mundo, podemos seguramente identificar situaciones de orfandad: desde la experiencia de los niños que quedan sin sus padres a causa de la guerra, de la violencia, de las migraciones forzadas, de las enfermedades; hasta la de tantas personas de toda edad que sufren el desamparo, el no tener referencias ni apoyos, la dureza de la soledad en situaciones inciertas. Seguramente, todos hemos experimentado, en mayor o menor medida, esa experiencia de la orfandad: en nuestros duelos, en decisiones difíciles, en experiencias familiares o laborales, en la enfermedad propia o de los que queremos, en la distancia de nuestra tierra y de nuestros afectos.

Jesús, que seguramente transitó también esta experiencia tan profundamente humana, ligada a nuestra fragilidad constitutiva y a tantas situaciones de injusticia, nos dice en el evangelio de hoy que “no nos dejará huérfanos”, porque el Espíritu Paráclito, el defensor, estará en y con nosotros.

Cómo ser cómplices de este Espíritu cuidadoso y defensor, que **habita las orfandades de nuestro mundo**, gimiendo como los dolores de parto por abrir caminos en donde todo parece cerrarse, donde la crueldad gana terreno, donde la muerte quiere tener la última palabra. Cómo poder abrir los oídos del corazón para descubrir su susurro que nos recuerda el modo de Jesús, comprometido con los *nadie* de su tiempo, siempre desde abajo, desde cerca y desde dentro.

Cómo descubrirlo también presente en tantas **mediaciones**, esas *luciérnagas en la oscuridad del túnel* de las que habla Gustavo Gutierrez. Compañeras y compañeros de camino, los de hoy y los de ayer, que con la testarudez de una esperanza que no conoce límites siguen creyendo que vale la pena hacer que la vida sea más vida para todos, aún cuando no vean los logros de sus desvelos. En ellos, el Espíritu Paráclito no nos abandona en nuestras oscuridades.

Cómo ayudarnos a dejarlo obrar **en lo hondo de nosotros** mismos, ahí donde emergen intuiciones de vida y creatividad para hacer posible otro mundo. Ahí donde damos la vuelta a situaciones que parecieran no tener salida. Donde reconocemos una fuerza increíble cuando ya estamos al límite de las fuerzas. Precisamente allí, el Espíritu defensor se entreteje con nuestra fragilidad haciéndonos capaces de un amor resiliente y salido de sí.

Cómo puede ser **nuestra comunidad cristiana** expresión de este Espíritu que nunca abandona la creación, colaborando con otros y otras para tender puentes, para ofrecer una mirada y una palabra de amabilidad, para soñar alternativas saliendo de la conformidad del siempre fue así y del no hay nada que hacer. Que el Espíritu Paráclito nos impulse para no quedarnos encerrados por miedo ni “balconeando la vida” como decía el Papa Francisco, sino “a meternos en ella, como lo hizo Jesús”, con confianza, con humildad, caminando juntas y juntos.



Carina Furlotti